

Mons. Enrique A. Angelelli, obispo de La Rioja, *testigo (mártir) del Concilio Vaticano II*

Luis O. Liberti svd

Cada 4 de agosto hacemos memoria del Martirio de Enrique Angelelli, este año hemos conmemorado los 40 años. Su mensaje, su vida, su sangre derramada, nutre nuestro seguimiento discipular y nos ayuda a seguir interpretando lo que nos está diciendo Dios a través de sus Testigos.

En este artículo compartimos un escrito de nuestro cohermano, el P. Luis Liberti svd, que lo expuso el pasado 2 de agosto 2016 en La Rioja. El P. Luis nos ayuda a desentrañar la concepción de hombre, mundo y Dios que latía en el corazón de Angelelli y que se plasmó en un modo concreto e histórico de ser y hacer Iglesia. Hoy queremos dejarnos inspirar por éste y muchos otros discípulos de Jesús que fueron fieles al Evangelio y a su tiempo.

El año pasado conmemoramos cinco décadas de la clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II (1962-1965). El papa Francisco en la convocatoria al Año santo de la Misericordia expresa: “La Iglesia siente la necesidad de mantener vivo este evento. Para ella iniciaba un nuevo periodo de su historia. Los Padres reunidos en el Concilio habían percibido intensamente, como un verdadero soplido del Espíritu, la exigencia de hablar de Dios a los hombres de su tiempo en un modo más comprensible. Derrumbadas las murallas que por mucho tiempo habían recluso a la Iglesia en una ciudadela privilegiada, había llegado el tiempo de anunciar el Evangelio de un modo nuevo. Una nueva etapa en la evangelización de siempre. Un nuevo compromiso para todos los cristianos de testimoniar con mayor entusiasmo y convicción la propia fe. La Iglesia sentía la responsabilidad de ser en el mundo signo vivo del amor del Padre” MV 4.

El Concilio Ecuménico Vaticano II es el acontecimiento eclesial más significativo del siglo pasado. Igualmente, recordamos que en la Iglesia Latinoamericana, los Documentos Finales de Medellín (1968), constituyen la interpretación –y no una mera aplicación–, del Concilio para este subcontinente. La importancia de estos dos eventos eclesiales radica (entre otros motivos), en su estatura eminentemente pastoral, ya que en ellos resuenan las palabras de Cristo, los problemas del mundo, las angustias y las esperanzas de la humanidad; “elementos cuya convergencia integra efectivamente el terreno de toda pastoral”^[1]. La “pastoralidad” asumida por el Concilio Vaticano II, según expresa M-D. Chenu,



“se convirtió en el primer criterio de la verdad que había que formular y promulgar, y no solamente en el motivo de las decisiones prácticas que había que tomar. En una palabra, pastoral califica a una teología, a una manera de pensar la teología y de enseñar la fe. Mejor dicho: a una determinada visión de la economía de la salvación”^[2].

La sensibilidad teológica^[3] propiciada desde el Concilio, también construye el sentir de los Documentos Finales de Medellín, en éstos los obispos latinoamericanos instalaron al hombre pobre, en el núcleo y el eje de los afanes y preocupaciones evangelizadoras, produciendo una reflexión y una praxis pastoral con identidad profética.

La eficacia histórica del Concilio Vaticano II, no se restringe únicamente a los textos escritos, sino también a su acogida e interpretación en las diversas Iglesias particulares. La recepción, aplicación e interpretación, es algo dinámico, es la acción del Espíritu de Dios, encarnando en los rasgos culturales y en los signos de los tiempos de las comunidades eclesiales, la “letra” del Concilio, enriqueciendo así el sentido original de los textos. Reflexionar la *receptio* del Concilio, está ligado al recuerdo (“pasar por el corazón”) y a la viva memoria eclesial, que escrutando y explotando su pasado, evalúa y discierne el presente, para peregrinar y proyectar el futuro evangelizador de la Iglesia por el reinado de Dios en la historia del mundo.

Dentro de este contexto enmarco esta reflexión, a partir de un testigo eclesial argentino contemporáneo al Concilio y a Medellín, me refiero a Enrique Ángel Angelelli Carletti^[4]. Me propongo indicar algunos aspectos de su testimonio como pastor de una Iglesia Particular que no se quedó tranquilo en una espera pasiva de los fieles al templo (cf. DA 548), sino que impulsó el tránsito “de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera” (DA 370).

En el marco de lo antes dicho me propongo identificar algunas acciones pastorales de Angelelli, —con quien me familiaricé hace treinta y dos años atrás^[5]—, un pastor y misionero que entre otros y con otros en la Iglesia argentina^[6], elaboró una praxis de la recepción del Concilio —y de Medellín—, particularmente durante su ministerio episcopal en la Iglesia Riojana (1968-1976), también anticipándola como presbítero y asesor de la Juventud Obrera Católica (JOC, 1952-1960) y Obispo Auxiliar de Córdoba (1961-1968).

De Mons. Enrique Angelelli destacaré cinco puntos que a mi entender describen su voluntad amante fundamental, ítems que ordenan el mensaje salvífico de la revelación a la acción, convirtiéndolo en testigo de la fe, mediante un proceso de hechos y palabras entremezclados entre sí (cf. DV 2). Para ello le pediré prestadas algunas palabras al mismo Angelelli, las que escribiera a los pocos días de asumir la sede episcopal riojana: “En mi primer mensaje a la Diócesis traté de delinear los mojones por dónde deberemos caminar; el espíritu que nos debe animar: SERVICIO; la gran meta que alcanzar: PASTORAL DE CONJUNTO; el contenido que llevar: EL CONCILIO; desde dónde continuar: NUESTRA REALIDAD socio-religiosa del pueblo”. A estos cuatro mojones de su testimonio, agregaré dos más, uno sobre la comunión entre Mons. Angelelli y la comunidad eclesial y otro sobre su convicción en la conversión y transformación desde la gracia divina. El referido al Concilio Vaticano II, lo incluiré en el análisis de los ítems. Pasaré a reflexionar sucintamente cada uno de ellos.

Comunión entre el pastor y la comunidad eclesial

La comunión alentada por nuestro obispo buscaba la activa participación de diversos referentes: los presbíteros —a través de una mediación netamente sacramental y no meramente jurídica—, la vida religiosa —favoreciendo la vivencia de sus carismas— y los laicos —particularmente en lo temporal, su ámbito específico—. Cada uno fue potenciado desde su identidad para aunarse y conjugarse en el proyecto eclesial *ad intra* (comunión) y *ad extra* (los vínculos con el mundo). El objetivo postconciliar de la Conferencia Episcopal Argentina de “instrumentalizar el diálogo”^[8] obtuvo, distintas opciones y concreciones desde el estilo pastoral que imprimía Mons. Enrique Angelelli en la Iglesia riojana.

También, el proyecto de comunión que fomentó, no siempre fue interpretado. Pero esto no sesgó su realización. Por el contrario, el signo de la comunión lo desafiaba y lo alentaba como el rumbo que la Iglesia de La Rioja debía emprender dentro de sí y con el mundo, para ser fiel a su origen trinitario, sacramentalizado por el mismo Jesucristo en su encarnación redentora.

La Iglesia servidora del hombre

Mons. Enrique Angelelli, (particularmente), como padre conciliar y luego intérprete de la recepción del Concilio Vaticano II en la Argentina, fue centrando su reflexión y praxis en el modelo de una Iglesia servidora del hombre. Pablo VI, el 7 de diciembre de 1965, en la Basílica Vaticana, expresó:

“Aun hay otra cosa que juzgamos digna de consideración: toda esta riqueza doctrinal tiene una única finalidad: servir al hombre en todas las circunstancias de su vida, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades. La Iglesia se ha declarado en cierto modo la sirvienta de la humanidad, precisamente en un momento en el que su magisterio y gobierno pastoral, por las solemnes celebraciones del Concilio



Ecuménico, han adquirido mayor esplendor y vigor, más aún, el propósito de practicar el servicio ha ocupado realmente un lugar central^[9].

Desde diversas instancias favoreció, que los presbíteros, las religiosas, los laicos y él mismo, siguieran el modelo joánico de Jesús en la Última Cena (cf. Jn 13,2-20). Alentó el servicio desde “abajo”, al modo del Cristo anonadado y humillado (cf. Flp 2,5-11). El servicio no como una dádiva desde arriba, sino empoderando la solidaridad que naturalmente vivían y compartían los pobres y que como semilla del Verbo estaba sembrada en sus corazones. Mons. Angelelli interpretaba el espíritu del Concilio Vaticano II –y de los Documentos de Medellín– de un modo dinámico y creativo; enriqueciendo el sentido original de aquellos textos desde la realidad eclesial que los encarna.

Este pastor misionero, como testigo de la fe, percibía que el auténtico desarrollo integral va de la mano de la caridad y de la justicia. Concebía que cuanto ayudara al pleno desenvolvimiento del hombre integral podía convertirse en una expresión del plan salvífico de Dios. Por ello, la promoción del hombre era su orientación evangelizadora. Vinculaba el servicio al hombre con el amor que Dios profesa por cada hombre y todas sus criaturas. Para Mons. Angelelli, el desarrollo humano que no tendía a experimentar el amor a Dios, no se transformaría en promotor de humanización integral.

La opción orientadora de la pastoral diocesana emprendida por Mons. Angelelli se apoya en el sustrato de la cultura popular riojana; nuestro obispo, reflexionando, animando y accionando la encarnación del misterio salvífico con rostro riojano, plasmó algunas reflexiones y otras acciones al respecto. Particularmente,

desde los criterios teológicos pastorales de la Declaración de San Miguel, asumió la pastoral desde el pueblo y no sólo hacia el pueblo^[10], y además lo subraya insistentemente para el servicio de los presbíteros, de las religiosas y de los laicos comprometidos en el espíritu y la letra del Concilio Vaticano II.

La pastoral de conjunto

La intención de Mons. Angelelli no era arribar a planificaciones meramente técnicas, sino en que la Pastoral de Conjunto tuviera como orientación fundamental la puesta en marcha de la Iglesia riojana servidora del hombre y su cultura. Identificamos que el conjunto quedaba focalizado, la Iglesia comunión debía peregrinar hacia un centro, es decir, el hombre y su situación cultural.

Angelelli se anticipó a las expresiones del papa Francisco: “Cada Iglesia particular (...) es la Iglesia encarnada en un espacio determinado, (...) y su alegría de comunicar a Jesucristo se expresa tanto en su preocupación por anunciarlo en otros lugares más necesitados como en una salida constante hacia las periferias de su propio territorio o hacia los nuevos ámbitos socioculturales” (EV 30).

Por lo mismo, proponía una espiritualidad pastoral abierta a oscultar el Espíritu de Dios y la situación concreta de los hombres (el pueblo), a la luz de la Palabra de Dios y del Magisterio de la Iglesia, particularmente el Concilio Vaticano II, para discernir y reconocer la voluntad de Dios y responder evangélicamente a los “signos de los tiempos” del hombre/pueblo. Su pastoral nunca se redujo a la elaboración de recetas preesta-

blecidas, sino que estuvo sustentada en poner un oído en el Evangelio y otro en el pueblo.

Una Iglesia diocesana en salida “molestó” a los que se creyeron jueces de la ortodoxia religiosa, por eso, esta Iglesia riojana fue cuestionada y martirizada con la sangre viviente de un laico, Wenceslado Pedernera (asesinado el 25 de julio de 1976 en su casa de Sañogasta) y por dos presbíteros: Gabriel Longeville y Carlos de Dios Murias (encontrados muertos el 22 de julio de 1976 en Chamental).

El estudio de la realidad

En este ítem reconocemos la insistencia, –quizás fruto de la *Gaudium et spes*–, por conocer y reflexionar la situación concreta de las personas –los diversos “signos de los tiempos”–. El estudio de la realidad pastoral fue uno de los objetivos del Plan Nacional de Pastoral^[11], y como pastor en La Rioja, desde su primera exhortación a la diócesis y a lo largo de diversas Jornadas Pastorales, Consejos Presbiterales, decretos, homilias, etc., bregó para que los referentes pastorales reconocieran y respetaran la cultura del pueblo. No siempre fue comprendido en este aspecto.

Angelelli se acercó a la realidad para evaluarla, purificarla y elevarla, no para encerrarse en ella o en sus instrumentos, sino para proyectar en ella el servicio al hombre y la cultura del pueblo. El relevamiento no lo transformaba en algo estadístico o sociológico, le interesaba que el hombre sea más hombre y que los diversos instrumentos sociales, económicos o políticos, corroboraran el desarrollo integral.

Conversión-transformación desde la acción de la gracia divina

Así mismo, Mons. Enrique Angelelli asumió la historia y la cultura como el espacio de acción esperanzadora a fin de colaborar con la acción creadora y redentora de Dios, para que el hombre fuera reconocido y elevado en su dignidad, aproximándose al proyecto original de Dios. El obispo Angelelli creó, esperó y amó profundamente a todo hombre desde la obra restauradora y salvífica del Hijo de Dios (cf. GS 22). ¿Cómo dio testimonio de esto?

Señalamos que creyó en el hombre, sin distinciones sociales o religiosas, sin exclusiones o partidismos; confiando en su capacidad de conversión y de cambio para remontar libremente (cf. GS 17) los lazos del pecado (cf. GS 13) y de la muerte (cf. GS 18). Por eso acompañó los pasos vacilantes y tortuosos de los hombres, orientándolos hacia su destino definitivo (cf. LG 48; DV 2; GS 3. 10. 19. 21. 39. 76. 91), incubado en el “hoy” de la historia (cf. GS 1. 11). Para este testigo, la fe guardó y desplegó un dinamismo salvífico integral. Angelelli constató por la viva experiencia de contacto con el pueblo sencillo y profundo de La Rioja que la fe expresada en la religiosidad popular se comunicaba con un lenguaje inculturado (popular y propio), y muchas veces alejado del académico o ilustrado. Más cercano a los símbolos, a los gestos que transparentaban los misterios de la fe, desde categorizaciones populares.

Además, Mons. Enrique Angelelli esperó en el hombre, con actitudes de respeto y de diálogo desde sus peculiares expresiones históricas y culturales. Lo realizó compartiendo sus gozos y esperanzas, tristezas y an-



gustias (cf. GS 1), favoreciendo que el anuncio del Evangelio ilumine y discierna entre las luces y sombras de nuestra historia (cf. GS 39). La esperanza en las promesas de Dios lo llevó a luchar contra los poderes establecidos, que oponían resistencia al advenimiento del reino de justicia y de paz proclamado, asumido y conquistado por el Hijo de Dios en su muerte y resurrección. Angelelli experimentó lo arduo que resulta cambiar las actitudes de la gente, las estructuras del entorno y, en definitiva, la vida, pero no cayó en el fatalismo, ni en el pesimismo. Expresaba en un reportaje: “Yo no puedo predicar la resignación”^[12]. Fue consciente que el motivo último de la esperanza cristiana es la fidelidad de Dios a sus promesas.

También, Enrique Angelelli amaba a Dios como centro y núcleo de toda su vida y de sus servicios, por eso amó al hombre como don y como gracia (cf. 1 Jn 4,8-10), que fluyen del corazón de Dios (cf. DV 2. 21; GS 19. 45; NA 4). Amaba preferencialmente a los no amados: los pobres, los humildes y los excluidos. Reconocía en ellos el reflejo del rostro sufriente de Cristo (cf. DP 31-39; CSD 178; DA 407-430), que lo cuestionaba e interpelaba. Fue explícito en la denuncia de la situación de pobreza como fruto de una injusticia generalizada. Por eso se ocupaba por todo aquello que favorecía la realización del bien común (cf. GS 26. 42. 75; DH 6; DM Men 3.7; DM I, 16; DM VII, 21; DM XIV, 17), luchaba para que se respetara la dignidad de la persona humana (cf. GS 19. 21. 26-27. 29. 31. 40; DM I, 5; DM IV, 9; DM XIV, 11) y se acrecentara la justicia social entre los hombres. Así también promovió diversas acciones y obras que exigían el compartir solidario en bien de una renovada convivencia humana (cf. GS 30.31). Amaba encarnando el proyecto de Jesús en el ofrecimiento gratuito de sí mismo a los hermanos más necesitados.

Señalamos que para el obispo Angelelli la fe, la esperanza y la caridad tienen su origen en la gracia de Dios, en la autodonación divina por la que el hombre puede creer, esperar y amar. Estas virtudes sobrenaturales y los valores temporales no se oponen, ni se superponen; por el contrario se compenetrán mutuamente. Por las virtudes teologales, las situaciones y realidades son transparentadas en su propio valor, en la novedad

escatológica, dirigiéndose hacia su pleno y definitivo significado. Observamos que esta espiritualidad movilizó y animó la vida y la misión evangelizadora de Mons. Enrique Angelelli, siendo consecuente con el “ya, pero todavía no” del proyecto de Dios, según señala el Concilio Vaticano II:

“Pues los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y trasfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal: ‘reino de verdad y de vida; reino de santidad y gracia; reino de justicia, de amor y de paz’. El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección” (GS 39).

Algunas perspectivas abiertas

Al principio de esta reflexión indicaba que según Chenu, la “pastoralidad” asumida por el Concilio Vaticano II, se convirtió en el primer criterio del mensaje evangelizador que había que formular y promulgar, y a la vez una manera de enseñar la fe. Mons. Angelelli nos brinda el testimonio de una vida generosa de acciones pastorales motivadas y movilizadas por un fin ligado a comunicar el reinado de Dios desde su servicio episcopal. Su motivación fue una voluntad amante fundamental^[13], para llegar a saborear en este mundo algo de lo que un día será definitivo según el arquetipo del “ya, pero todavía no”. Fue un profeta y sabio “pastor con olor a oveja”, orientando al hombre y su cultura al fin trascendente, sin descuidar que no podemos ser ciudadanos del cielo si primero no lo somos en este mundo. Fue un profeta sabio “pastor con olor a oveja” que iluminó y discernió sus acciones a partir de la luz nueva y suprema de la revelación de Dios, es decir “hechos y palabras intrínsecamente enlazadas entre sí” (DV 2), mediante el cual Dios nos comunicó no solo su voluntad salvífica, sino también su propia interioridad: “revelarse a sí mismo” (DV 2).

Enrique Angel Angelelli conjuga el espíritu profético y sapiencial de los destacados testigos eclesiales de todos los tiempos. Sus palabras y gestos son un grito, un eco que sigue resonando en los muros y facebook de la historia. Al respecto recuerda Mons. Jorge Novak svd:

“El obispo Enrique Angelelli demostró estar animado del Espíritu Santo. Habló del Vaticano II y de Medellín con santa pasión, con esperanza indoblegable, con fortaleza heroica. Habló y puso en práctica. Lo quisieron silenciar con



amenazas y con la muerte. Sólo lograron transformarlo definitivamente en un profeta que desborda los límites de su diócesis y de nuestra patria, cuya voz seguirá resonando en todos los rincones de la América Latina de Medellín y de Puebla”^[14].

El obispo Angelelli siguió las huellas de esa extensa nómina de testigos latinoamericanos, muchos mártires, todos entregados hasta donar su vida por defender y custodiar el valor de la dignidad humana. Era de la raza de Antonio de Montesinos, de Bartolomé de Las Casas, de los jesuitas de las Repúblicas Guaraníes, del santo Cura José Gabriel Brochero, del Pbro. Carlos Mujica (cura villero en Buenos Aires, asesinado el 11 de mayo de 1974), de los religiosos palotinos PP. Alfie Kelly, Alfredo Leaden y Pedro Dufau y los estudiantes Emilio Barletti y Salvador Barbeito (asesinados en Buenos Aires, el 4 de julio de 1976), de las Hnas. Alicia Dumont y Leonie Duquet (secuestradas y desaparecidas en la Capital Federal, en diciembre de 1977), de los mártires de Chamental y Sañogasta y tantos otros cuya memoria debemos honrar. Ninguno de ellos/as buscaron el martirio, sino una vida digna y plena para los oprimidos, los pobres. Integran la Iglesia martirial, porque manifestaron solidaridad hasta el final por la vida y la evangelización de los pobres.

Fueron asesinados en naciones que denominábamos culturalmente “católicas”, podemos decir, que no fueron asesinados por odio directo a la confesión de la fe, pero sí por autenticar la fe, “realizándola en el seguimiento efectivo de Jesucristo, en la solidaridad transformadora con los pobres, en el desenmascaramiento profético de la opresión y de la idolatría”^[15].

Como lo señala Mons. Gerardo Farrel:

“Como su contemporáneo Mons. Oscar Romero, el obispo Angelelli con su vida predicó que cada uno de nuestros criollos, por más pobres que sean, es un hombre que tiene una dignidad de altitud crística. Todos hombres de Iglesia que cruzaron los siglos americanos civilizando con el Evangelio y que hicieron que los hombres de la Iglesia tuviéramos un respiro frente a la incapacidad que tenemos, por definición y por pecados personales, de estar a la altura de la misión evangelizadora”^[16].

Rememorar el martirio^[17] de Enrique Angelelli y de los otros mártires riojanos por ser fieles al Evangelio y a la Iglesia renovada en el Concilio Vaticano II es un acto de justicia; pero podría convertirse en una memoria vacía si no va unida estrechamente a la escucha del clamor de los que sufren la exclusión y la postergación de necesidades básicas. La memoria de Mons. Enrique Angelelli y de los mártires riojanos estará unida a la construcción evangélica de la justicia y todo aquello que dignifica integralmente a las personas como un anticipo del “todavía no” en el “ya” en la historia.

Angelelli con fino espíritu sapiencial, plasmó su visión del hombre y del pueblo mediante algunos versos. Fueron escritos en 1973; los tituló: El hombre proyecto de pueblo:^[18]

Mezcla de tierra y de cielo,
proyecto de humano y divino...
en cada hombre se hace rostro
y su historia se hace pueblo.

Es barro que busca la Vida,
agua que mezcla lo Nuevo,
amor que se hace esperanza
en cada dolor del pueblo.

El pan en el horno florece...
¡Es para todos, amigos!
Nadie se sienta más hombre,
la vida se vive en el pueblo.

Porque el proyecto se hace silencio,
porque la vida se hace rezo,
porque el hombre se hace encuentro
en cada historia de pueblo.

Déjenme que les cuente
lo que me quema por dentro;
es amor que se hizo carne
con chayas y dolor de pueblo.

¿Saben? Lo aprendí junto al silencio...
Dios es trino y es uno,
es vida de Tres y un encuentro...
aquí la historia es camino
y el hombre siempre un proyecto.

Luis O. Liberti svd
30 de julio de 2016



NOTAS

[1] M-D. Chenu, *Un concilio pastoral*, Estela, Barcelona, 1966, 633.

[2] Ibidem. El destacado pertenece al texto.

[3] Cf. E. Villanova, *Para comprender la teología*, Verbo Divino, Estela, 1992, 77-83.

[4] Enrique Ángel nació en un modesto hogar en la periferia de la ciudad de Córdoba (Argentina), el 17 de julio de 1923, hijo de Celina Carletti y de Juan Angelelli. Cursó sus primeras letras en el colegio de las religiosas de Villa Eucarística, y a los quince años (el 6 de marzo de 1938) ingresó al Seminario Nuestra Señora de Loreto (Córdoba). En el tercer año del Seminario Mayor, sus superiores y profesores le propusieron completar su formación sacerdotal en Roma. Como interno del Colegio Pío Latinoamericano finalizó los estudios teológicos y se ordenó sacerdote el 9 de octubre de 1949, en la Ciudad Eterna. Al día siguiente celebró su primera Misa en la Basílica de San Pedro, en el Altar de la Cátedra. En 1951 obtuvo en la Universidad Gregoriana de esa misma ciudad, la Licenciatura en Derecho Canónico. Se contactó con las corrientes de la Juventud Obrera Católica (J.O.C.), impulsada por el belga José Cardijn, a la cual venía acompañando desde su etapa seminarística en Córdoba.

Angelelli a su regreso de Roma desempeñó toda su actividad sacerdotal en diversos campos pastorales de la ciudad de Córdoba. En septiembre de 1951, se inició como Vicario Cooperador en la Parroquia San José de Barrio Alto Alberdi y Capellán del Hospital Clínicas. Dados sus estudios fue designado Notario del Tribunal Eclesiástico de Córdoba, además ejerció la docencia en el Seminario Mayor (como profesor de Derecho Canónico y Doctrina Social de la Iglesia). También fue profesor de Teología en el Instituto Lumen Christi y en algunos colegios religiosos, además de participar de la Junta Arquidiocesana de Acción Católica. Junto a estos diversos servicios, dedicaba espacios para visitar a los pobres y marginados que vivían en los conventillos y en las villas miserias de la ciudad.

En 1952 fue designado Asesor de la J.O.C. en Córdoba, teniendo además la atención pastoral de la Capilla Cristo Obrero, en el movimiento jocista tuvo una gravitación significativa e importante. Fue elegido Obispo titular de Listra y Auxiliar de la Arquidiócesis de Córdoba en diciembre de 1960; siendo consagrado el 12 de marzo de 1961. De este modo pudo participar en diversos períodos del Concilio Vaticano II (1962, 1964 y 1965).

Asumió el rectorado del Seminario Arquidiocesano, el 16 de marzo de 1963. También entre fines de septiembre y principios diciembre de 1963, Mons. Enrique Angelelli quedó a cargo del gobierno de la Arquidiócesis. Durante el año 1964 la Iglesia cordobesa vivió momentos difíciles, Angelelli a principios del año 1965 renuncia al cargo de Rector del Seminario. Y en febrero del mismo año renuncia el Arzobispo Mons. Ramón Castellano. Será convocado por Mons. Raúl Primatesta en mayo de 1965 como Obispo Auxiliar y Vicario General. Actúa en la Junta Catequística, la Acción Católica, diversas visitas pastorales, y en la Conferencia Episcopal Argentina desde junio de 1966 en la Comisión Episcopal de Pastoral, hasta abril de 1971.

Mons. Angelelli, el 3 de julio de 1968 fue nombrado por Pablo VI, Obispo de La Rioja, asumiendo dicha sede apostólica el 24 de agosto del mismo año. En La Rioja impulsará la interpretación del Concilio Vaticano, los Documentos Finales de Medellín y la Declaración de San Miguel de la CEA. El Proceso de Reorganización Nacional (la última dictadura militar en el gobierno), difundió que murió a causa de un accidente automovilístico en Punta de los Llanos, el 4 de agosto de 1976. El pueblo riojano que tanto amaba al momento difundirse la noticia afirmó que lo mataron. El Tribunal Oral Federal de La Rioja finalmente el 4 de agosto del 2014, condenó a los exmilitares Luciano Benjamín Menéndez y Luis Fernando Estrella a prisión perpetua acusados de ser los autores intelectuales del asesinato monseñor Enrique Angelelli.

[5] Cf. T. Rasilla y L. Liberti, *Mons. Enrique Angelelli, Pastor riojano*, Verbo Audiovisuales, Rafael Calzada, 1984; L. Liberti, *Mons. Enrique Angelelli, pastor que evangeliza promoviendo integralmente al hom-*

bre, Guadalupe, Buenos Aires, 2005; L. Liberti y P. Pastrone, *Enrique Angelelli, obispo de La Rioja: a imagen del Buen Pastor*, Guadalupe-Agape, Buenos Aires, 2016.

[6] También es conveniente recordar a otros obispos argentinos contemporáneos, (entre otros): Antonio Aguirre (San Isidro), Alberto Devoto (Goya); Manuel Marengo (Azul), Vicente Zazpe (Rafaela), Antonio Quarracino (Nueve de Julio), Juan José Iriarte (Reconquista), Moisés Blanchoud (Río Cuarto), Marcelo Scozzina ofm (Formosa), Jaime de Nevares sdb (Neuquén), Carlos Ponce de León (San Nicolás), Miguel Raspanti sdb (Morón), Ítalo Di Stefano (Sáenz Peña), Jerónimo Podestá (Avellaneda), etcétera. Alguno de ellos, obispos de las nuevas diócesis creadas entre 1957 y 1963.

[7] E. Angelelli, Carta a los sacerdotes, La Rioja, septiembre de 1968. Los destacados pertenecen al texto.

[8] Cf. Conferencia Episcopal Argentina, *Documentos del Episcopado Argentino 1965-1981*, Claretiana, Buenos Aires, 1982, 18-30.

[9] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constituciones, Decretos y Declaraciones. Apéndices*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1993, 1179.

[10] Cf. Conferencia Episcopal Argentina, *Declaración del Episcopado Argentino. Sobre la adaptación a la realidad actual del País, de las Conclusiones de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, San Miguel, 21-26 de abril de 1969, Paulinas, Buenos Aires, 1972, 39.

[11] Cf. Conferencia Episcopal Argentina, *Plan Nacional de Pastoral*, Buenos Aires, 1967, sin más datos.

[12] Cf. L. Baronetto, *Reportajes a Mons. Angelelli*, Tiempo Latinoamericano, Córdoba, 1988, 59-65.

[13] Cf. J. C. Maccarone, "El testimonio en la perspectiva de la teología pastoral", en A. Levoratti y otros, *Teología y Praxis Pastoral*, Paulinas, Buenos Aires, 1988, 169-186.

[14] J. Novak, "Medellín: efusión del Espíritu sobre América Latina", en T. Rasilla y L. Liberti, *Mons. Enrique Angelelli, Pastor riojano*, 12.

[15] J. Jiménez Limón, "Sufrimiento, muerte, cruz y martirio", en I. Ellacuría y J. Sobrino, *Mysterium liberationis*, Tomo II, Trotta, Madrid, 1994, 477-494. 492.

[16] G. Farrel, "Enrique Angelelli, Pastor de una Iglesia Renovada para el Hombre Nuevo", Boletín Lauretano (Seminario Mayor de Córdoba) 56 (1997) 23.

[17] "Me atrevo a llamarlo mártir de la Iglesia conciliar, que en algún momento se quiso silenciar", Idem, 22.

[18] E. Angelelli, *Encuentro y mensaje, poemas*, Patria Grande, Buenos Aires, 1984, 17-18.

SIGLAS DE DOCUMENTOS

CSD: Conclusiones de Santo Domingo.

EG: Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* del papa Francisco.

DA: Documento de Aparecida.

DH: Declaración del Concilio Vaticano II, *Dignitatis humanae*, sobre la libertad religiosa.

DM: Documentos de Medellín.

DM Men: Documentos de Medellín. Mensaje.

DP: Documento de Puebla.

DV: Constitución del Concilio Vaticano II, *Dei verbum*, sobre la divina revelación.

GS: Constitución del Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo.

LG: Constitución del Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, sobre la Iglesia.

MV: Bula de convocatoria del jubileo extraordinario de la misericordia, *Misericordiae vultus*, de Francisco, Roma, 11 de abril de 2015.

NA: Declaración del Concilio Vaticano II, *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas.